

LAS DOS MUERTES DE ROBERT YOUNG

Robert Young fue abandonado en el planeta XBC2, deshabitado e incompatible con la vida humana. Robert había cometido un acto de deshonor y alta traición, delito penado con el destierro en uno de los miles de planetas inertes del amplio universo conocido. Su traje espacial tenía oxígeno para una semana. Sin embargo tenía víveres y agua suficientes en forma de pastillas para un par de años, una contradicción tan absurda como cruel. No se conocía el caso de ningún superviviente más allá de una semana. XBC2 era y es un pequeño mundo poco mayor que la luna de la Tierra. De color rojizo como Marte y tan frío como el que más. Había montañas pero muy viejas y erosionadas en extremo. El suelo era pedregoso y muy resbaladizo. Pero su traje espacial le mantenía calentito y sus botas le agarraban al terreno como ventosas.

Tras una semana deambulando por el planeta XBC2 como un alma en pena, creyó ver a lo lejos cual espejismo un restaurante prefabricado, como el que tenía su amigo Nicolás en el desierto del Sahara. Cuando se aproximó lo suficiente vio el enorme cartel en la fachada con grandes letras: EL RINCÓN DE NICOLASÍN.

Robert entró en el establecimiento y tras la barra estaba Nicolás pasando un paño seco a unos vasos. No había clientes en ese momento. Cuando vio a Robert, sonrió y dijo:

-¡Robert! ¡Cuánto tiempo sin verte, amigo!

Robert se sorprendió de que le hubiera reconocido tras el casco de astronauta. Además Nicolás no había cambiado su aspecto en los quince años que no le había visto.

-Hola Nico. ¿Qué haces aquí?

-Hay que seguir con el negocio aunque sea en el Infierno.

-¿En un planeta muerto como éste?

-¿Muerto? ¡Si esto está lleno de vida! ¡Mira cuántos clientes tengo!

-Perdona, pero no veo ninguno.

-Claro. Es que se esconden, no quieren que sepan de ellos, y tú eres un extraño, uno de ellos. Al saber que venías se han vuelto invisibles. Cuando confíen en ti, podrás observarlos.

-¿Quiénes son ellos?

-Los conoces muy bien. Los que niegan que hay vida en Marte y otros planetas como éste.

-¿Los de la Agencia?

-No solamente ellos. Todos los del Gobierno.

-No te creo. Es más, creo que sólo existes en mi torturada mente.

-¿No me crees? ¡Quítate el casco tan ridículo que llevas!

-Lo siento. No te voy a hacer caso, amigo.

-¿Qué no? ¡Acerca tu cabezón!

-Vale, aquí lo tienes -dijo inclinándose- pues no puedes hacerme nada.

Entonces Nicolás le quitó el casco como quien quita un gorro de lana a una cabeza cualquiera. Robert le imploró que se lo devolviera, pero se negó en redondo y lo estampó contra el suelo destrozándolo. Así, poquito a poquito se fue quedando sin oxígeno hasta morir agónicamente mientras Nicolás se reía al otro lado de la barra sacando brillo a más vasos.

Final alternativo

Entonces Nicolás le quitó el casco como quien quita un gorro de lana a una cabeza cualquiera. Robert le imploró que se lo devolviera, pero se negó en redondo y lo estampó contra el suelo destrozándolo. Pero a Robert no le dio tiempo a morir asfixiado, porque se dejaron ver varios clientes de Nicolás, que se acercaron y a patada limpia le destrozaron la cabeza.